

Artículo

Adam Smith y los pobres

Francisco Covarrubias

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

RESUMEN: Como promotor de la competencia y el libre mercado, Adam Smith es frecuentemente visto como un defensor de la clase empresarial con un interés marginal en la pobreza. La convicción de Smith, sin embargo, es que la riqueza de las naciones y el destino de la sociedad están íntimamente ligados con el mejoramiento de las condiciones de pobreza. Su crítica al mercantilismo y su permanente defensa del sistema de libertad natural tienen como preocupación última a los pobres, sea por los límites que el primero pone a la iniciativa individual, sea por los riesgos que el segundo conlleva especialmente en el marco de la división del trabajo. La educación y la redistribución de impuestos son, por ello, estrategias complementarias para enfrentar la pobreza. El artículo concluye que una combinación de la *mano invisible* del orden natural, más algunas acciones específicas estatales son, para Smith, la clave para la superación de la pobreza.

PALABRAS CLAVE: Adam Smith, pobreza, pobres y ricos, libertad natural, mano invisible, educación

RECIBIDO: agosto 2023 / ACEPTADO: abril 2024

Adam Smith and the Poor

ABSTRACT: As a proponent of competition and the free market, Adam Smith is frequently seen as a defender of the entrepreneurial class with a marginal interest in poverty. However, Smith's conviction is that the wealth of nations and the fate of society are intimately linked with the improvement of conditions for the poor. His critique of mercantilism and his unwavering defense of the system of natural

liberty are ultimately concerned with the poor, whether it be due to the limitations the former places on the individual initiative or the risks the latter entails, especially within the framework of the division of labor. Education and redistribution through taxation are, therefore, complementary strategies for addressing poverty. The article concludes that a combination of the *invisible hand* of natural order and certain specific state actions are, for Smith, the key to overcoming poverty.

KEYWORDS: Adam Smith, poverty, poor and rich, natural liberty, invisible hand, education

RECEIVED: August 2023 / ACCEPTED: April 2024

En la actualidad, muchas personas suelen pensar que Adam Smith es un defensor de la clase empresarial y que, por tanto, su interés por los pobres sería muy menor. Ello, sin embargo, es un error de diagnóstico. Smith, tanto en sus *Lecciones de jurisprudencia*, en *La teoría de los sentimientos morales* como en *La riqueza de las naciones* muestra una especial preocupación por el destino de las clases populares.

En la obra smithiana podemos encontrar un profundo análisis del problema de los pobres. Como dice Amartya Sen (2006), el trabajo de Smith “probablemente se trata de la contribución más importante al debate acerca de la pobreza y sobre las privaciones que se pueda encontrar en la literatura de los últimos doscientos o trescientos años”.¹

¿Qué entiende Adam Smith por pobreza? ¿En qué radica su ‘simpatía’ (*sympathy*) por los pobres? ¿Cómo se traduce esta en propuestas concretas para los males sociales? ¿Es suficiente la existencia del *laissez faire* para superar la pobreza? ¿Cómo es posible que, siendo un gran defensor de la libre iniciativa y de la capacidad de emprender, critique tan abiertamente a la ‘clase empresarial’ de la época en que desarrolla su obra? ¿Generan los ‘vicios privados’ de los empresarios el bien público?

Para responder a estas preguntas, comienzo por explorar la distinción entre ricos y pobres en Smith. Continúo con la relevancia de la libertad natural para el progreso social y de los pobres y las trabas que el mercantilismo pone a ello. Reviso entonces algunos riesgos de la sociedad comercial para luego proponer cuál es, desde Smith, el rol que juega el Estado en la superación de la pobreza. Algunas conclusiones cierran el artículo.

¹ Sobre la evaluación de Sen acerca de Adam Smith, ver también Sen (1986, 2010).

I. Los pobres en la obra de Adam Smith

El concepto de pobreza en Adam Smith

Según el análisis de Smith, la sociedad ha atravesado diferentes etapas históricas, cada una de ellas caracterizada por el rol de la actividad económica. Las etapas descritas por Smith son: caza y recolección, pastoreo, agricultura y comercio.² En la primera etapa (de cazadores-recolectores) se vive en forma dispersa y el fin principal es sobrevivir. En esta etapa de la sociedad, en la que las personas se dedican exclusivamente a la caza y recolección, no hay grandes desigualdades pues, como dice Smith, “la pobreza universal generaliza su igualdad” (RN V.i.b.7, 712).

Es en el segundo estado social, esto es, en el de los pueblos pastores, cuando se introduce la propiedad privada. Con la introducción de esta, se genera la desigualdad de fortuna y con ella la distinción entre ricos y pobres. El pobre pasa a depender del rico, que es a su vez quien posee el poder político (Elosegui 1990, 437). Encontramos entonces uno de los primeros puntos desarrollados por Smith: la riqueza no solo es tener más propiedad, sino que también es poder (RN I.iv.3, 48).

Para Smith, la disposición a admirar y casi idolatrar a los ricos y poderosos, y a despreciar —o como mínimo ignorar a las personas pobres— es una realidad (TSM I.iii.3, 61). En su descripción de la diferencia en la aproximación que las personas suelen tener hacia el rico frente al pobre, Smith es desgarrador. Así, en TSM señala que

[l]os afortunados y los orgullosos se asombran ante la insolencia de la miseria humana, que osa exhibirse ante ellos y pretende perturbar la serenidad de su felicidad con el asqueroso aspecto de su miseria. En cambio, todo el mundo observa al hombre de rango y distinción. Todos anhelan contemplarlo. (TSM I.iii.2.1, 51)

Es por eso que el pobre sufre, en gran medida, vergüenza de su pobreza. Smith replica en TSM a quienes centran el tema de la riqueza únicamente en la satisfacción de necesidades: “¿Es que imaginan que su estómago es más sano o su sueño más profundo en un palacio que en una cabaña?” (TSM I.ii.2.1, 50). En RN sostiene que un rico, por más que se empeñe, no podrá comer mucho más que un pobre, ya que la capacidad de su estómago es limitada (RN I.xi.c.7, 181).

² En detalle sobre esto, ver el artículo de José de la Cruz Garrido en este mismo volumen (N del E).

Como dice Amartya Sen (2006), Smith “mostró cómo la pobreza relativa de bienes puede llevar a una pobreza absoluta, a la miseria, esto es, a una imposibilidad de participar de la vida de la comunidad, o de aparecer en público sin vergüenza”. El que la miseria se exponga al insulto y la mofa es una situación en la cual la dignidad humana es mucho más susceptible de malograrse que con cualquier otro mal externo (TSM I.iii.2.12, 61).

Smith fue de los primeros en considerar que ‘pobreza’ es un concepto relativo, al menos de una sociedad a otra. Tomemos, por ejemplo, un pasaje de RN que es clarificador al respecto. Smith señala que

una camisa de lino, rigurosamente hablando, no es necesaria para vivir. Los griegos y los romanos vivieron de una manera muy confortable y no conocieron el lino. Pero en nuestros días, en la mayor parte de Europa, un honrado jornalero se sonrojaría si tuviera que presentarse en público sin una camisa de aquella clase. Su falta denotaría un grado sumo de miseria, en la que apenas podría incurrir el más mísero, sino a causa de una conducta en extremo disipada. (RN V.ii.k.3, 870)

La simpatía por los pobres

Simpatía es el concepto fundamental de TSM. Smith la eleva a un principio de la acción humana: “El sentir mucho por los demás y poco por nosotros mismos, el restringir nuestros impulsos egoístas y fomentar los benevolentes, constituye la perfección de la naturaleza humana” (TSM I.i.5.5, 25). Por más preocupado de su propio interés que se pueda suponer al ser humano, existen en su naturaleza —a juicio de Adam Smith— algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros y que hacen que la felicidad de estos resulte necesaria, aunque no derive de ella ningún beneficio directo. Esta actitud es cubierta por la facultad de la simpatía.³

Respecto de la pobreza propiamente tal, Smith es consciente de que esta, en general, produce poca compasión entre la mayoría de la gente. Las lamentaciones de los individuos tienden a ser objeto de desprecio más que de solidaridad, y aunque logre conseguir una limosna, el mendigo no resulta casi nunca el objetivo de una conmiseración sincera (TSM III.3.18, 144). Sin embargo, el horror que conciben las personas ante la des-

³ La principal dificultad es la correcta traducción al castellano de *sympathy* (que viene del griego *sympatheia*). *Sympathy* en inglés también significa compasión, esto es, la capacidad de sentirse afectado por el estado emocional de otro ser humano.

gracia de los miserables afecta en concreto más que ninguna otra, “porque dicho horror surge de pensar cómo sufrirían ellos si fueran los infortunados a quienes están observando y si esas partes suyas estuviesen afectadas de esa misma y terrible manera” (TSM I.i.1.3, 10). En el fondo, el planteamiento de Smith sostiene que los seres humanos están más dispuestos a simpatizar con la alegría que con la pena, lo que explica que la actitud más común de las personas sea buscar la riqueza y ocultar la pobreza.

En el caso de Adam Smith, tal como lo señala Jacob Viner (1927, 232), “la simpatía con el humilde y el pobre, con el campesino y el obrero, era evidente”. A veces se considera a Smith como una persona interesada solo en la eficiencia, sin preocupaciones por lo que pueda acontecer con los seres humanos, pero —como indica Sen (2006)— esto no nos da un cuadro completo de Smith: él “se preocupa particularmente del tipo de vida que llevan los pobres y los menos afortunados, y de los sufrimientos que deben soportar en el contexto existente”. Al respecto, McNulty (1973, 346) manifiesta que

su franca actitud comprensiva frente a las clases trabajadoras está en severo contraste, no solo con lo que habían expresado la mayoría de los escritores mercantilistas, sino que también respecto de la posición más cautelosa de sus sucesores de la política económica clásica inglesa. (McNulty 1973, 346)⁴

La crítica de Adam Smith a los ricos

Para muchas personas, Smith es el gran propiciador de un ‘capitalismo salvaje’ cuyo fin es favorecer a los más ricos. Esto está lejos de la realidad. Uno de los aspectos que causa mayor sorpresa en quienes leen por primera vez RN, es la crítica permanente que hace el autor a los terratenientes, empresarios y comerciantes (aunque esto ya está presente con fuerza en las *Lecciones de jurisprudencia* y en menor medida en TSM).

La mala opinión que tiene Smith de los terratenientes es de tal modo profunda, que lo hace incluso ser partidario de limitar el derecho de propiedad. El problema es que desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, estos “desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo” (RN I.iv.8, 67).

⁴ Para una interpretación distinta, ver el artículo de Lisa Hill en este mismo volumen (N del E).

Tal como señalan Rosenberg (1960, 562) y McNulty (1973, 365), para Smith la forma ideal de organización agrícola es la pequeña propiedad, la que representa la conjunción de todas las virtudes importantes. Sin embargo, no hay una propuesta clara —salvo el límite del derecho de herencia, en el cual no profundiza— de un mecanismo redistributivo para la realidad que observa Smith. La solución pasaría nuevamente por fomentar la competencia y el mercado. El mismo Smith afirma que en los países con alto grado de desarrollo comercial, “aquellos grandes patrimonios que se perpetuaban de padre a hijo por muchas generaciones son muy raros en países comerciales. En países que tienen poco comercio [...], son muy comunes” (RN III.iv.16, 421, 372).

La tercera clase social, además de los pobres y los terratenientes, la constituyen las personas que dan empleo al obrero: los capitalistas, es decir, quienes viven de los beneficios o de la utilidad del capital. Ese impulso, con la mira puesta en el logro de un beneficio, “pone en movimiento la mayor parte del trabajo útil en cualquier sociedad” (RN I.xi.p.10, 266). Smith, junto con criticar a los terratenientes, también critica a la clase de comerciantes y empresarios en general. Si bien la crítica es menor, producto de la función clave que les asigna en el orden social y su mayor eficiencia como agentes de mercado (a diferencia de los terratenientes) (Rosenberg 1990, 10), denuncia todas aquellas prácticas que van en contra del orden social. Es por esto que Gabriel Franco (1999, xxi) plantea que “ningún otro autor ha proferido palabras más duras en aquella época contra las coaliciones de comerciantes y manufactureros, ni abogado con más calor por los intereses de los agricultores y de los obreros”.

El interés normal del comerciante se limita a dos aspectos fundamentales: ampliar el mercado y restringir la competencia. La ampliación del mercado suele coincidir, por regla general, con el interés del público. Sin embargo, la limitación de la competencia redundará siempre en un perjuicio social. Así, una de las críticas más categóricas de Smith en contra de los comerciantes en particular, es la permanente tendencia a concertarse en los precios y restringir la libre competencia (RN I.x.c, 178-193).

En cualquier caso, a juicio de Smith, donde predomina el capital (por tanto, los comerciantes) prevalece la actividad económica, pero donde prevalece la renta (por tanto, los terratenientes) predomina la ociosidad. Es claro que, entre unos y otros, Smith opta siempre por los capitalistas, ya que —como señala Rosenberg (1990, 10)—, mientras los terratenientes utilizan los excedentes de la sociedad en actividades frívolas e improductivas, el capitalista al menos utiliza los excedentes en actividades económicas productivas.

La importancia de la sobriedad: la riqueza no hace la felicidad

Adam Smith se enmarca dentro de la austeridad propia de la religión presbiteriana. Esta desprecia el consumo y el placer del hombre y ensalza la importancia del trabajo por sí mismo (Rothbard 1999, 501). Esto explica que, en TSM, Smith asigne un rol fundamental a la religión en la condena al lujo. En efecto, una de las grandes críticas que les hace a los ricos es la falta de sobriedad y la excesiva valoración que hacen de las riquezas. Es bastante claro, a la luz de la revisión de las obras de Smith, que él —tal como sostiene Hollander (2000, 267)— “desaprobó moral y socialmente un alto consumo”.

No obstante, Smith sostiene que la búsqueda de la riqueza es algo propio de la mayor parte de los seres humanos, por lo que las otras clases tendrían el mismo comportamiento ostentoso si tuvieran la oportunidad. Esto, porque en general las personas desean vivir como los ricos y gastar gran parte de su tiempo en diversiones, vanidad y dispendio (TSM I.iii.2, 50-61). En lo que aparece como una cierta contradicción, el lujo de los ricos es también para Smith ‘el espejismo’ que hace a la mayor parte de la gente trabajar con el objeto de alcanzar al menos parte de aquellas cosas inalcanzables. La única forma de compatibilizar el hecho de que, por una parte, sea necesario que la gente vea el lujo porque así se incentiva para trabajar y, por otra, sea necesario que la gente vea la sobriedad porque así serán sobrios, es que se pueda ‘ser austero en el lujo’ lo cual, al menos *a priori*, aparece como una explicación demasiado forzada.

Filipo Bruni (1987, 79) señala muy bien cómo, en el análisis de Adam Smith, las pasiones muestran al individuo una felicidad ilusoria. La felicidad auténtica puede estar muy cerca, pero son pocos quienes pueden reconocerla. Sin embargo, el engaño fomentado por la imaginación propone una felicidad falsa e imaginaria pero que es tenida por verdadera. Solo unos pocos pueden descubrir la felicidad auténtica. Así, viejo y enfermo, el ser humano “empieza a caer por fin en la cuenta de que la riqueza y pompa son meras baratijas de frívola utilidad” (TSM IV.i.8, 181). Pero ya será demasiado tarde.

La riqueza en ningún caso asegura la felicidad, aunque crea condiciones que la permiten. A continuación, veremos cómo esa búsqueda de riqueza tiene, no obstante, un impacto positivo en el progreso y en el desarrollo de la nación.

2. El sistema de libertad natural como solución a la pobreza

La mano invisible y el interés público

En la medida en que la sociedad abandona su carácter primitivo, se produce una mayor integración entre las personas. La implicancia de esta interdependencia sobrepasa el aspecto económico. El establecimiento de la propiedad y, por tanto, de la división del trabajo, genera una dispersión del conocimiento entre los miembros de la sociedad. Cada individuo posee un conocimiento del que otros carecen.

La solución para esta dispersión del conocimiento se encuentra en la libertad natural. En último término, la solución está en la naturaleza. En efecto, el mecanismo que permite *unir el conocimiento disperso* es un ente abstracto y natural: la *mano invisible*. Aquí, Smith tiene una visión naturalista, en la que usa algunas ideas de la astronomía de Newton buscando explicar el correcto ordenamiento de una economía basada en el interés propio (Peli 1999, 134).

El funcionamiento de la mano invisible es el tema que inspira *La riqueza de las naciones*. Para que esta funcione se requiere de la existencia de libertad. Libertad, fundamentalmente, para que la competencia pueda actuar. Aquí está la clave. Es posible afirmar que toda la obra de Smith es una apasionada defensa de la eficacia de la competencia, a la que llega a considerar como una 'institución natural', establecida para armonizar los intereses públicos y privados (Martínez-Echeverría 1983, 55).

Al comienzo de RN —en el que es uno de los pasajes más conocidos de la obra—, el autor señala que el pan no lo comemos debido a la benevolencia del panadero, sino gracias a su interés propio. Aquí es donde Adam Smith percibe que, bajo ciertas condiciones, los intereses privados se armonizan con los sociales. Persiguiendo únicamente su propio bien, los hombres son llevados por una mano invisible hacia la promoción de fines sociales.⁵ La mano invisible del mercado asegura, de esta forma, un resultado social independiente de la voluntad y de las intenciones individuales (Blaug 1985, 93). Esto hace que el ser humano no aparezca como

⁵ No obstante, Smith afirma en TSM (VI.ii.3.3, 235) que el individuo sabio y virtuoso está siempre dispuesto a que su propio interés particular sea sacrificado por el interés general de su estamento o grupo. También está dispuesto en todo momento a que el interés de ese estamento o grupo sea sacrificado por el interés mayor del Estado, del que es una parte subordinada.

una máquina posible de ser manipulada en forma calculada y centralizada (Griswold 1999, 360).

Es cierto que para Adam Smith la búsqueda del interés propio genera beneficios públicos. Pero con Amartya Sen (1986, 32) debemos decir que, si bien él enfatizó la persecución del interés propio como la principal influencia en el comportamiento de la mayoría, no pasó por alto otros aspectos que iban más allá de la maximización del propio interés. En cualquier caso, interés propio (*self-interest*) no significa lo mismo que egoísmo (*selfishness*), por lo que el interés propio no necesariamente es una actitud reprochable. De hecho, el interés propio puede coexistir con la benevolencia. No son incompatibles, y cada uno tiene un papel que jugar en el momento apropiado.⁶

En síntesis, podemos decir que, en el contexto social que Smith formula, la mano invisible es efectiva para llevar a cabo la promoción de los intereses de todas las clases sociales. El interés del capitalista es servido por su interés en maximizar los beneficios, mientras que, al mismo tiempo, estos son limitados por la acción de la competencia. Por ello, la sociedad en general se ve beneficiada. De igual forma, el interés de los terratenientes es promovido por el incremento de la riqueza nacional. Finalmente, el interés de los trabajadores es promovido por la maximización de los empleos, permitiendo el incremento de los salarios cuando la sociedad progresa.

La doctrina mercantilista afecta a la riqueza nacional y perjudica a los pobres

RN es un libro marcado por la crítica al mercantilismo en general. Las regulaciones mercantilistas, sus políticas y, en definitiva, su enfoque de la sociedad son criticados por Adam Smith fundamentalmente porque siempre termina consiguiendo el bien de unos pocos en detrimento de la mayoría. La crítica general al mercantilismo es que impide el crecimiento y el desarrollo de la nación, beneficiando a pocos y perjudicando a la mayoría. Smith critica el intervencionismo estatal, culpándolo muchas veces de causar grandes perjuicios, aun cuando esas disposiciones hayan sido bien intencionadas.

La libertad de comercio constituye el único remedio para precaver eficazmente el hambre del pueblo; sirve también para atenuar los incon-

⁶ En extenso sobre esto, ver el artículo de Leonidas Montes en este volumen (N del E).

venientes de una “escasez real, porque las dificultades de una escasez real no pueden remediarse y solo admiten ciertos paliativos” (RN IV.v.b.7, 527). Esto hace que el intervencionismo mercantilista sea absolutamente desaconsejable, porque el remedio suele ser peor que la enfermedad. En general, el mercantilismo hace que la intervención favorezca a los grupos de presión, logrando que la autoridad interceda por ellos. Pero los consumidores suelen quedar desamparados por estas disposiciones. Smith señala que los productores de una ciudad pueden fácilmente ponerse de acuerdo en los precios o en las cuotas de mercado. Esa fue la principal razón por la que incluso los oficios más modestos procuraron siempre establecer un gremio (LJ(B) 203-333, 486-541).

Ejemplos de intervenciones mercantiles son la rigidez existente para emplearse en el ramo de la actividad económica que cada uno desea, los privilegios exclusivos de productores, gremios y corporaciones, el ‘estatuto de aprendizaje’ y los ‘estatutos de domicilio’, todos los cuales son, en definitiva, perjudiciales para los trabajadores. Los perjudicados siempre serán los mismos: los más pobres.

El estatuto de aprendizaje restringía la libre circulación del trabajador de empleo a empleo, aun en un mismo lugar, y los exclusivos privilegios de las corporaciones o gremios cohibían los movimientos de un lugar a otro, aun en el mismo empleo. Esto hacía que, con frecuencia, mientras los obreros de una manufactura recibían altos salarios, “los de otra se tienen que contentar con jornales con los cuales apenas pueden subvenir a la mera subsistencia” (RN I.x.c.43, 151).

En general, todas estas disposiciones mercantiles —a juicio de Smith— perjudican a los pobres y benefician a los comerciantes y manufactureros existentes: “La proposición es tan evidente que parecería ridículo tomarse el trabajo de probarla [...]. Sus intereses, considerados desde este punto de vista, son contrarios a los de la inmensa masa del pueblo” (RN IV.iii.c.10, 493-494). Nuevamente, parece clara la preocupación de Smith por los pobres.

El progreso: principal fuente de bienestar para los pobres

El título de la principal obra de Smith se llama *La riqueza de las naciones*. Es importante establecer que, para Smith, el objetivo de esta riqueza de la nación está íntimamente ligado al bienestar de la población. En esto

hay una diferencia crucial de enfoque respecto de los mercantilistas. Como dice Griswold (1999, 261), para Smith, el incremento de la riqueza de la nación es un requisito fundamental para mejorar las condiciones materiales de los miembros más pobres de la sociedad. Pero, ¿qué es lo que permite alcanzar la riqueza de la nación? Fundamentalmente, el mercado libre, la acción de la competencia y, en general, el sistema de libertad natural.

La clave para incrementar la riqueza nacional, tanto en la agricultura como en la manufactura, es permitir la libre iniciativa en cualquier actividad comercial. Asegurar que esa libre iniciativa no se vea entorpecida, es una de las funciones del Estado. Permitir que la acción de la competencia redunde en beneficio social, es acción de la mano invisible.

En BP (43, 579), Adam Smith señala que las causas de la pobreza de una nación son de dos tipos: impedimentos naturales u opresión por parte del gobierno civil. La opresión a la que se refiere Smith es todo aquello que impide la existencia de un mercado libre. La existencia de un mercado libre y de una división del trabajo eficiente son dimensiones fundamentales para incrementar la riqueza de la nación y Smith la invoca permanentemente. Respecto de esto, él no era defensor del mercado libre porque le convenía, sino por principio (West 1975, 58).

Un aspecto de vital importancia es que para Smith el desarrollo de un país repercute necesariamente en toda la población. Si se compara una comunidad primitiva con una nación avanzada, el bienestar de los más pobres es claramente superior en esta última. Ello, producto de que, gracias a la división del trabajo, a todas las personas les es posible obtener más bienes en un menor tiempo. En la sociedad comercial, como dice Rodríguez Lluesma (1997, 119), la producción es tan alta, que aun los trabajadores más humildes pueden llevar una existencia digna. Así, por ejemplo, “un jornalero en Bretaña tiene más lujo en su modo de vida que un soberano indio” (LJ(B) 211, 489).

Como bien lo resume Smith (RN I.viii.43, 99): “el progresivo es en realidad un Estado feliz y lisonjero para todas las clases de la sociedad; el estacionario es triste y el decadente, melancólico” y, pese a que se genere un incremento de desigualdad, tiene como contraparte el mayor bienestar de los más pobres.

3. Las consecuencias directas para los pobres del desarrollo comercial

La división del trabajo: ¿desarrollo de la sociedad a costa del embrutecimiento individual?

Para Adam Smith, uno de los fundamentos del sistema económico de una sociedad comercial es el mercado. El autor es enfático en señalar que, el hecho de que se encuentren disponibles las mercancías necesarias para la vida en el mercado, no es producto de la naturaleza, sino que es fruto del esfuerzo humano. El principal motor de la producción es, por tanto, el trabajo del ser humano, por sobre la tierra y la acumulación de capital. Es aquí donde la división del trabajo adquiere un rol fundamental; este es el principal mecanismo que “aumenta la opulencia de un país” (LJ(B) 213, 489). A medida que la sociedad progresa, el número de actividades realizadas por cada trabajador disminuye. En una nación avanzada, el trabajo necesario para producir un producto acabado se reparte, por regla general, entre muchas manos.

Según Adam Smith, la división del trabajo produce un beneficio económico a los más pobres gracias a la opulencia que ella genera en el país. Sin embargo, en el Libro V de RN, Smith señala que, no obstante, el gran beneficio en términos de productividad que aporta la división del trabajo, esta es una de las causas principales de la pérdida de razón de las personas:

con los progresos de la división del trabajo, la ocupación de la mayor parte de las personas que viven de su trabajo, o sea, la gran masa del pueblo, se reduce a muy pocas y sencillas operaciones, con frecuencia a una o dos tareas [...]. *Pierde así, naturalmente, el hábito de aquella potencia, y se hace todo lo estúpido e ignorante que puede ser una criatura humana [...].* Adquiere, pues, la destreza en su oficio peculiar, a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y marciales. Aun en las sociedades civilizadas y progresivas este es el nivel a que necesariamente decae el trabajador pobre, o sea, la gran masa del pueblo, a menos que el gobierno se tome la molestia de evitarlo. (RN V.i.f.50, 781-782; mi énfasis)

Por una parte, lo que aparece como beneficioso para la sociedad toda puede ser perjudicial para los miembros o para parte de ella. Rosenberg (1965, 128), por ejemplo, enfatiza que el análisis de Adam Smith está libre de las inconsistencias y contradicciones que se le han atribuido.

Rothbard (1999, 484), por el contrario, dice que no hay modo de conciliar plausiblemente esta contradicción. West (1964, 27), sin embargo, confirma que Smith habría utilizado dos enfoques diferentes, aunque no necesariamente incompatibles, para analizar el mismo fenómeno: el Libro I de RN contendría el análisis económico, mientras que el Libro V poseería una reflexión sociológica. Incluso, si alguien considerara incompatibles las dos visiones de la división del trabajo, la reacción lógica sería buscar la secuencia que permitiese encontrar cuál fue su última opinión. Sin embargo, la evidencia sugiere que Smith tuvo esta doble actitud frente a la división del trabajo a lo largo de toda su vida.

Independientemente de la existencia de una contradicción o no, lo que resulta absolutamente claro para Smith es que un sector importante de la población, especialmente el más pobre, sufriría un proceso de ‘idiotización’ o deshumanización, lo que en sí genera una nueva dificultad para el análisis. Consciente de los perjuicios que causa la división del trabajo —especialmente entre los más pobres—, Smith propone medidas para remediar el daño causado. Las medidas correctivas consisten fundamentalmente en establecer un sistema de educación pública que permita a los individuos desarrollar su personalidad de forma integral, además de propiciar la enseñanza religiosa (Griswold 1999, 292).

¿Cómo se pueden conciliar los efectos negativos de la división del trabajo con la preocupación por los pobres? La respuesta parece ser clara y consistente, aunque pueda ser discutible. El efecto en el intelecto de la división del trabajo podía ser exitosamente abordado a través de la educación y, en menor medida, a través de la religión, por lo que la situación de *estupidez de la gran masa* sería algo circunstancial y corregible mediante la acción del Estado.

La relación laboral que genera la sociedad comercial

La relación laboral entre el empresario y el trabajador tiene para Adam Smith una fecha de partida clara: este es el momento en que la propiedad privada se expande, quedando algunos con propiedad y otros marginados de ella. Este es el instante cuando el trabajador comienza a vender su trabajo a un empresario determinado.

En un aspecto que es clave, Smith señala que los patrones hacen mejores arreglos con sus criados en los años de carestía que en los de

abundancia, ya que “los encuentran más sumisos y humildes en los primeros que en los segundos” (RN I.viii.48, 101). Es decir, la mejor condición para el obrero es la de un país en progreso económico, ya que en los años de expansión comercial los salarios son altos y en los de carestía, bajos. Los salarios reales se regulan “en todas partes, por dos circunstancias diferentes: la demanda de mano de obra y el precio ordinario o promedio de las provisiones” (RN V.ii.i.1, 864). Al comenzar *La riqueza de las naciones*, el autor anuncia que explicará por qué la subsistencia del trabajador, o el precio real del trabajo, “cambia mucho según las diversas circunstancias, y es más abundante en una sociedad progresiva que en otra estacionaria, y en esta que en un pueblo decadente” (RN I.v.15, 53).

Independientemente de las tasas generales de salarios que determina el mercado, en cada relación trabajador-empresario se produce una negociación del salario individual. En esta negociación, los trabajadores buscan recibir el máximo posible y los capitalistas intentan pagar lo menos posible. Al momento de fijarse los salarios, Adam Smith apunta a aquellas situaciones en las que el mercado y la competencia no pueden operar correctamente debido a acuerdos de los empresarios para fijar salarios artificialmente bajos (RN I.viii.14, 85). Es decir, Smith se vuelve a poner del lado de los trabajadores y a criticar a los capitalistas, denunciando la existencia de una especie de acuerdo tácito para no elevar los salarios por encima de su nivel actual. Otras veces ocurre que los patrones celebran acuerdos especiales para hacer descender los salarios (RN I.viii.14, 85). Si bien los trabajadores intentan hacer lo mismo para elevar el precio de su trabajo, los éxitos de este tipo de acuerdos laborales son limitados.

Si bien Smith vivió en el siglo XVIII, antes de que se desarrollara plenamente la Revolución Industrial, esta época ya estuvo marcada por una serie de conflictos entre trabajadores y empresarios, principalmente debido a temas salariales. Es decir, el conflicto laboral —fundamentalmente a causa del salario— ya era un tema que comenzaba a ser relevante en los tiempos en que Adam Smith desarrollaba su obra. Él, sin embargo, considera que los obreros pocas veces obtienen beneficios de estos conflictos (RN I.viii.18, 86). La pregunta que surge entonces es: descartada la movilización social para Adam Smith, ¿cuál es la mejor forma para solucionar el problema salarial? La respuesta —que ya he mencionado varias veces a lo largo de este artículo— es que la libre competencia y el

crecimiento del país son la mejor forma de incrementar el bienestar y el salario de los trabajadores. Así,

en una ciudad emprendedora, las personas que disponen de grandes capitales para invertir no pueden conseguir generalmente todos los obreros que necesitan, y compiten entre sí para contratar la mayor cantidad posible; esto hace que aumenten los salarios y disminuyan los beneficios. (RN I.ix.7, 107)

Oponiéndose a la corriente imperante en la época, Smith defiende la necesidad de mantener un nivel alto de salarios, pues así el obrero aumenta su productividad, y es posible aumentar la población (Martínez-Echeverría 1983, 56).

4. La *mano visible* del Estado como complemento a la solución natural de la pobreza

El rol del Estado en favor de los más pobres

Para Adam Smith, el Estado se hace necesario una vez que se establece la propiedad. En una sociedad primitiva —como por ejemplo una nación de cazadores—, no hay propiamente gobierno. Como dice Smith (LJ(B) 19, 404), “entre cazadores no hay gobierno regular; viven de acuerdo con las leyes de la naturaleza”. Smith observa —tal como señala Skinner (1982, 88)— que en ausencia de la propiedad privada la disputa entre los miembros de la comunidad es menor, por lo que rara vez existe un magistrado o la administración de justicia en esos Estados. Cuando existe propiedad privada, en un principio los seres humanos podrían convivir en sociedad —según Smith (RN V.i.b.2, 709)— con un cierto grado de seguridad, aun cuando no exista un magistrado civil para protegerlos.

Defensa externa, justicia y bienes públicos (que los privados no estén dispuestos a proveer) son las tres ocupaciones deseables del poder soberano. Pero Smith está siempre abierto a incluir excepciones a esta doctrina. La actividad gubernamental sería aceptable mientras sea natural y promueva el bienestar general; sería reprobable cuando va en contra del interés general de la sociedad (Viner 1927).

Es decir, el planteamiento es que la intervención de la autoridad debe ser de forma subsidiaria. En el caso de la intervención en favor de los pobres —como señala Amartya Sen (1987, 43)— no hay nada que in-

dique que el enfoque ético de Adam Smith de la política pública hubiera *siempre* excluido la intervención en apoyo de los derechos de los pobres.

Es interesante la discusión respecto de cómo Smith compatibiliza el hecho de que, por una parte, tenga la convicción de que lo conveniente para la sociedad es el *laissez faire* de la autoridad y que, sin embargo, en algunas materias no se oponga a la intervención. Una respuesta acertada es la que da West (1976, 22) al describir la personalidad de Smith: “debemos reconocer que Adam Smith no era tan dogmático como a veces se piensa, sino que estaba siempre preparado para considerar excepciones a las reglas generales”. Esta tolerancia característica de la personalidad de Smith explica por qué no solo acepta, sino que propone determinadas intervenciones de la autoridad respecto de determinados temas.

La solución de Smith al problema de la pobreza está, como he dicho, enfocada principalmente en el crecimiento económico a través de la acción de la competencia. Pero el paliativo gubernamental —incluso de políticas asistencialistas— no está descartado. De hecho, frente a uno de los planteamientos más controvertidos en el tema de la pobreza, esto es, la discusión sobre las ‘leyes de pobres’, Smith, a diferencia de Malthus, no se opone a que el gobierno ayude directamente a los pobres.

Las ‘leyes de pobres’ eran una serie de leyes aprobadas durante los siglos XIV y XV que regulaban los aspectos laborales y que fueron resumidas en 1601 con su promulgación por parte de la reina Isabel. En 1662 se agregó la ‘ley de domicilio’, que restringía fuertemente la movilidad de los trabajadores. Con estas leyes los legisladores intentaron asegurar el orden social mediante una política de asistencia social en la que el gobierno asume la responsabilidad por los pobres. Concretamente, Smith critica que las ‘leyes de pobres’ no permitieran el libre movimiento de las personas (la ‘ley de domicilio’). Esto, porque la disposición incluía que quien residiese cuarenta días seguidos en una parroquia, podía ganar vecindad en ella.

En síntesis, si bien para Smith la no intervención del Estado es la mejor regla general para lograr un desarrollo comercial y, por tanto, un incremento del bienestar de los pobres, él está siempre dispuesto a incluir excepciones. Entre estas podemos encontrar principalmente aquellas que favorecen a los más pobres, como es el fomento de la educación e incluso ciertas políticas ‘asistencialistas’. Estos dos temas serán los que nos ocuparán en lo que queda de este artículo.

Educación: la principal herramienta que debe fomentar el Estado

¿Debe el Estado prestar atención a la educación del pueblo? Esta es una pregunta que Adam Smith se plantea directamente. La respuesta es clara:

Hay casos en que la institución misma de la sociedad coloca a la mayor parte de los individuos en condiciones de adquirir por su cuenta, sin la intervención del gobierno, todas aquellas técnicas y virtudes que el Estado exige o admite. En otras circunstancias, la sociedad no coloca a la mayor parte de los individuos en semejantes condiciones, y entonces es necesaria la atención del gobierno para precaver una entera corrupción o degeneración en la gran masa del pueblo. (RN V.i.f.49, 781)

Lo anterior es una de las tantas muestras del rol fundamental que Smith le asigna al Estado en el fomento de la educación de los pobres. Esto no era común ni en los economistas del mercantilismo ni en los economistas contemporáneos a Smith. Como dice Sen (1987), Adam Smith fue muy preciso en subrayar la gran necesidad de la instrucción pública e indicó cómo, con poco gasto, el Estado podría organizarla de manera muy eficiente, de una forma que el mercado no podría realizar. O, como sostiene Skinner (1995, 95), para Smith el Estado debe proveer adecuadamente de bienes públicos y servicios en caso de que los beneficios no incentiven a los particulares: la educación es uno de estos casos.

La importancia de la educación radica para Smith en dos hechos fundamentales. Por una parte, permite incrementar la productividad general y contrarrestar los efectos negativos de la división del trabajo. Por otra, aunque no haya un beneficio económico, e independientemente del beneficio personal que genera, el hecho de tener una sociedad más educada, la hace ser más estable políticamente. Para Smith, "un pueblo inteligente e instruido será siempre más ordenado y decente que uno ignorante y estúpido" (RN V.i.f.61, 788).

La autoridad debe actuar e impedir que, fruto de la acción de la competencia y de la división del trabajo, se descuide la instrucción de los niños. En este caso, para Smith, el interés privado de los padres no siempre se armoniza con el interés público, por lo que la intervención no solo se justifica, sino que apremia.

La distribución del ingreso y el rol de los impuestos

Tal como señalamos al analizar la división del trabajo, Adam Smith no cree que existan diferencias intrínsecas entre las personas. La concepción que tiene de los seres humanos es que estos son muy semejantes por naturaleza. Independientemente del grado de desigualdad que pudiera existir en cuanto a las características propias de los seres humanos, lo que sí es absolutamente claro es que la sociedad comercial genera una desigualdad de riqueza.

En una sociedad avanzada, por muy desigual que parezca la distribución de la riqueza, el rico apenas consume más alimento que el vecino pobre. En RN, Adam Smith refuerza este concepto, señalando que “la calidad puede ser muy diferente y la preparación más delicada, pero por lo que toca a la cantidad, es poca la diferencia” (RN I.xi.c.7, 180). Es decir, la gran diferencia se produce en la satisfacción de las necesidades superfluas, porque en lo que respecta a las necesidades básicas, ricos y pobres las cubren de una forma bastante similar. Pero, adicionalmente, si se compara en forma absoluta, no cabe duda de que un pobre de una sociedad comercial puede acceder a más ‘lujos’ que cualquier miembro de una sociedad primitiva.

Sin embargo, la diferencia existe y es evidente. Es, además, causa de desprecio hacia el pobre y de potencial conflicto social entre los miembros de la sociedad. Frente a esto, Smith está convencido de que esta abrupta desigualdad de riqueza se podría resolver, en gran parte, de forma espontánea si se respetara el orden natural. Porque, en la medida en que el sistema de libertad se impusiera, y por tanto la competencia se incrementase, los beneficios de los más ricos se irían reduciendo. Pero en el corto y mediano plazo, la existencia de grandes patrimonios hace que la función de seguridad del gobierno civil sea clave. Porque la abundancia del rico “excita la indignación del pobre y la necesidad, alentada por la envidia, impele a este a invadir las posesiones de aquel” (RN V.i.b.2, 709). Solo bajo la protección del magistrado civil podrá descansar tranquilamente el dueño de una propiedad valiosa, aunque esta haya sido adquirida gracias al trabajo de muchos años.

Pero el Estado no se debe limitar exclusivamente a dar protección a los que poseen más patrimonio. Tiene también una cierta función redistributiva. Para esto, Smith dedica varias páginas al tema impositivo. Elosegui, por ejemplo, señala cómo para Smith

el Estado debe intervenir en algunos aspectos relacionados con la distribución de la riqueza. Esto, aun cuando la autoridad central es incompetente en decidir una propia distribución de los recursos, porque la libertad económica se apoya en la libertad de elección por parte del consumidor y en la creencia de la eficiencia de la libertad por parte del productor. (Elosegui 1990, 439)

El sistema impositivo necesariamente genera en sí mismo un mecanismo redistributivo. Smith indica que “la renta general de la sociedad, además de sostener los gastos que requiere la defensa y la dignidad del soberano, debe suplir deficiencias de muchos ramos particulares de ingresos” (RN V.i.i.6, 816). En efecto, Smith no se escandaliza por la desigualdad de la riqueza, aun cuando ya hemos visto su crítica feroz a los gastos excesivos de la mayoría de los ricos. No obstante, el hecho de que busque cargar los gastos en quienes tienen más y persiga enfocar estos en quienes tienen menos, hace que podamos hablar de una política redistributiva. Rothbard (1999) lo critica precisamente por lo contrario a lo que normalmente se le reprocha. A juicio de él, “Adam Smith defendió la política de estrujar al rico mediante un impuesto progresivo sobre la renta” (Rothbard 1999, 513).

Smith es partidario de gravar principalmente los artículos de lujo, así como también ataca fuertemente el lujo de las autoridades y el gasto público que aquel implica. Para el autor, la grandeza de países como Holanda se debe a que, a pesar de que la carga tributaria sea alta debido a gastos considerables para conservar su existencia y defenderse de los ataques del mar, se ocupa en cosas realmente necesarias.

Al analizar la postura de Adam Smith respecto de los impuestos, queda claro que este asume y acepta la existencia de la desigualdad de la riqueza, aunque considera que una excesiva diferencia es causa de una mayor conflictividad social. Pero está convencido de que, en la medida en que se imponga el sistema de libertad natural, los beneficios económicos bajarán, con lo que las diferencias tenderían a disminuir. Por otra parte, plantea la existencia de impuestos progresivos a la renta como una forma de aplicar medidas redistributivas, lo cual es fruto de discusión y polémica hasta nuestros días. De lo anterior se deduce que, si bien el diagnóstico en este punto pueda ser debatible, una vez más está presente su preocupación real por los pobres.

5. Conclusiones

A lo largo de este artículo he buscado analizar el tema de la pobreza en la obra de Adam Smith. Para esto, he procurado abordar aquellos temas relacionados con los pobres en sus dos obras principales (*La riqueza de las naciones* y *La teoría de los sentimientos morales*), así como en los apuntes de sus clases dictados en la Universidad de Glasgow (*Lecciones de jurisprudencia*).

Tras una revisión de sus libros, lo primero que se debe destacar es su constante referencia a la pobreza y los pobres. Esto es especialmente claro en RN, donde los pobres son mencionados a la luz de diversos temas y donde se muestra más claramente la real preocupación de Smith por este asunto. Destacable es también su permanente crítica a los terratenientes y, en menor medida, a los comerciantes, en todos aquellos aspectos en los cuales Smith considera que el interés propio de estas clases atenta contra el interés general de la sociedad.

La preocupación de Smith por los pobres está marcada tanto por las condiciones de vida de estos como por su relación con el resto de las personas. Su convicción es que el destino de la sociedad está íntimamente ligado con el destino de los pobres. Por esta razón es fundamental —y prioritario— el incremento de la riqueza y el desarrollo de la nación para crear las bases que permitan a los pobres mejorar su situación. Esto explica que, en su libro *La riqueza de las naciones*, Smith no tenga la intención de incrementar el poder político de la nación (como lo es en la mayor parte de los escritos mercantilistas), sino que su principal motivación sea incrementar el bienestar material de los habitantes de ella y, en especial, de los más pobres.

El marco en el cual se debe desarrollar económicamente una nación es, para Adam Smith, el sistema de libertad natural. Este consiste, principalmente, en el acatamiento del orden natural, liberando a la nación de las excesivas regulaciones económicas imperantes. Es por esto que Smith propone este sistema de libertad natural como contraparte del mercantilismo, uno en el que prime la competencia de muchos pequeños productores y comerciantes. Las regulaciones deben ser las mínimas necesarias, ya que las iniciativas individuales tienden a armonizarse espontáneamente gracias a la acción de la mano invisible. Esto explica, por tanto, la profunda crítica que Smith hace del mercantilismo como doctrina, pues las regulaciones excesivas, así como

el estatismo imperante, impiden el desarrollo espontáneo de las iniciativas individuales, perjudicando en último término a los más pobres.

He destacado en este artículo que el sistema de libertad natural está marcado por la desconfianza en la intervención de la autoridad. Sin embargo, Smith es consciente de que el sistema natural no es perfecto. Su carácter no dogmático le permite introducir varias excepciones al *laissez faire*. Por tanto, se hace necesario que el rol de la autoridad vaya más allá de aquellos aspectos inicialmente planteados (defensa externa, orden público y bienes públicos), debiendo corregir otros que atentan contra el orden natural. Pero la solución al problema material de la pobreza radica para Smith principalmente en el crecimiento y en el desarrollo comercial de la nación. Sin embargo, también he señalado que este desarrollo comercial, aun siendo beneficioso para la sociedad y para las personas desde un punto de vista material, puede ser perjudicial desde un punto de vista intelectual, sobre todo para los más pobres. El embrutecimiento que genera la división del trabajo, producto de que el trabajador se ve obligado a realizar labores altamente específicas y mecánicas, solo tiene solución para Smith mediante una política pública de Estado que fomente la educación y, en menor medida, la religión.

Podemos concluir este artículo afirmando que es efectivo que el análisis de Adam Smith respecto del tema de la pobreza no parece estar libre de contradicciones. Sin embargo, es posible sostener que el autor muestra un profundo sentido de observación, una clara preocupación por el destino de los miembros de la sociedad y una gran confianza en que la mano invisible del orden natural, con algunos agregados por parte de la ‘mano visible’ del Estado, permitirían la existencia de una mejor sociedad. En especial para los más pobres.

Bibliografía

- Blaug, M. 1985. *Teoría económica en retrospectión*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Bruni, F. 1987. La nozione di lavoro in Adam Smith. *Rivista di Filosofia neo Scolastica* 79(1), 67-95.
- Elosegui, M. 1990. El derecho del ciudadano a la participación en la vida política en Hume, Smith y la ilustración escocesa. *Anuario de la Filosofía del Derecho* 7, 431-453.

- Franco, G. 1999. Estudio preliminar (vii-xxxii). En Smith, A., *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Griswold, C. 1999. *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hollander, S. 2000. *The Economics of Adam Smith*. Toronto: Heineman.
- Martínez-Echeverría, M.A. 1983. *Evolución del pensamiento económico*. Madrid: Espasa Calpe.
- McNulty, P. 1973. Adam Smith's Concept of Labor. *Journal of the History of Ideas* 5(34), 345-366.
- Peli, J. 1999. *Adam Smith and Economic Science*. Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- Rodríguez Lluésma, C. 1997. *Los modales de la pasión. Adam Smith y la sociedad comercial*. Pamplona: Eunsa.
- Rosenberg, N. 1960. Some Institutional Aspects of the Wealth of Nations. *Journal of Political Economy* 68(6), 557-570.
- Rosenberg, N. 1965. Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One? *Economica* 32(126), 127-139.
- Rosenberg, N. 1990. Adam Smith and the Stock of Moral Capital. *History of Political Economic* 22(1), 1-18.
- Rothbard, M. 1999. *Historia del pensamiento económico* (Vol. 1). Madrid: Unión Editorial.
- Sen, A. 1986. Adam Smith's Prudence (28-37). En Lall, S. y Stewart, F. (eds.), *Theory and Reality in Development: Essays in Honour of Paul Streeten*. London: Palgrave Macmillan.
- Sen, A. 1987. *Sobre ética y economía*. Madrid: Alianza.
- Sen, A. 2006. Entrevista a Amartya Sen. Enciclopedia Multimediale delle Scienze Filosofiche. Disponible en: <https://www.teche.rai.it/2021/01/amartya-sen/> [1 de julio 2024].
- Sen, A. 2010. Adam Smith and the Contemporary World. *Erasmus Journal for Philosophy and Economics* 3(1), 50-67.
- Skinner, A. 1982. A Scottish Contribution to Marxist Sociology? (79-114). En Bradley, I. y Howard, M. (eds.), *Classical and Marxian Political Economy: Essays in Honour of Ronald L. Meek*. London: Palgrave Macmillan.
- Skinner, A. 1995. Adam Smith and the Role of the State: Education As a Public Service (70-96). En Copley, S. y Sutherland, K. (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations*. Manchester: Manchester University Press.
- Smith, A. 1976 [1759] [TSM]. *The Theory of Moral Sentiments*. Eds. Raphael, D.D. y MacFie, A.L. Oxford: Clarendon Press.
- Smith, A. 1976 [1776] [RN]. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Eds. Campbell, R.H. y Skinner, A.S. Oxford: Oxford University Press.
- Smith, A. 1978 [LJ]. *Lectures on Jurisprudence*. Eds. Meek, R.L., Raphael, D.D. y Stein, L.G. Oxford: Oxford University Press.
- Smith, A. 1978 [BP]. Early Draft of Part of *The Wealth of Nations* (562-581). En Smith, A., *Lectures on Jurisprudence*. Eds. Meek, R.L., Raphael, D.D. y Stein, L.G. Oxford: Oxford University Press.
- Viner, J. 1927. Adam Smith and *Laissez Faire*. *Journal of Political Economy* 35(2), 198-232.
- West, E.G. 1964. Adam Smith's Two Views on the Division of Labour. *Economica* 32(121), 23-32.

West, E.G. 1975. *Adam Smith and Alienation: Wealth Increases, Men Decay?* Oxford: Clarendon Press.

West, E.G. 1976. *Adam Smith. El hombre y sus obras*. Madrid: Unión Editorial. *EP*

